

A CUATRO SIGLOS Y MEDIO DE LA APARICION

José Luis Perdomo*



Los primeros goterones oscuros de la noche del once de diciembre comienzan a untar el aire.

Adentro de la funeraria hay cuatro cadáveres acompañados por quince familiares vestidos de negro. Paso enfrente y tengo la impresión de que todos ellos están en la víspera de un viaje oscuro al centro de las sombras.

Afuera comienza la fiesta. Millares de peregrinos transitan sobre la lengua de las aceras. La marquesina del cine Lindavista anuncia la película *Dumbo*. Insurgentes Norte no tiene un descanso: centenares de coches por minuto no dejan un espacio de pavimento visible. Los camiones roncanean lanzando sus escupitajos negros a la espalda de avenida Montevideo. Las casas y las tiendas ofrecen sus racimos más brillantes de luz.

Al viernes le quedan solamente dos horas y media para caer arrumbado junto a los trescientos cuarenta y cuatro días que lo precedieron en el camino hacia el pasado y los recuerdos, ese cortísimo camino sin comienzo, sin final y sin retorno. El único sábado diferente del año se asoma a todos los calendarios de México que con letras grandotas marcan la fecha: "Nuestra Virgen de Guadalupe".

*Alumno de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, UNAM





Afuera, la celebración. Afuera, las fachadas, los callejones, los postes de alumbrado, todo lo que abarca y no abarca el ojo, transpirando agitación, movimiento, deseos encendidos de apresurar la cuerda de todos los relojes para que ya, de una vez por todas, marquen las doce en punto y, entonces sí, gritar, desgargantarse, acribillar a gritos y a mañanitas los cuatro mil costados de la noche. Pisar el terreno firme, milagroso, único, del día de la Virgen; saberse los dueños absolutos del único día.

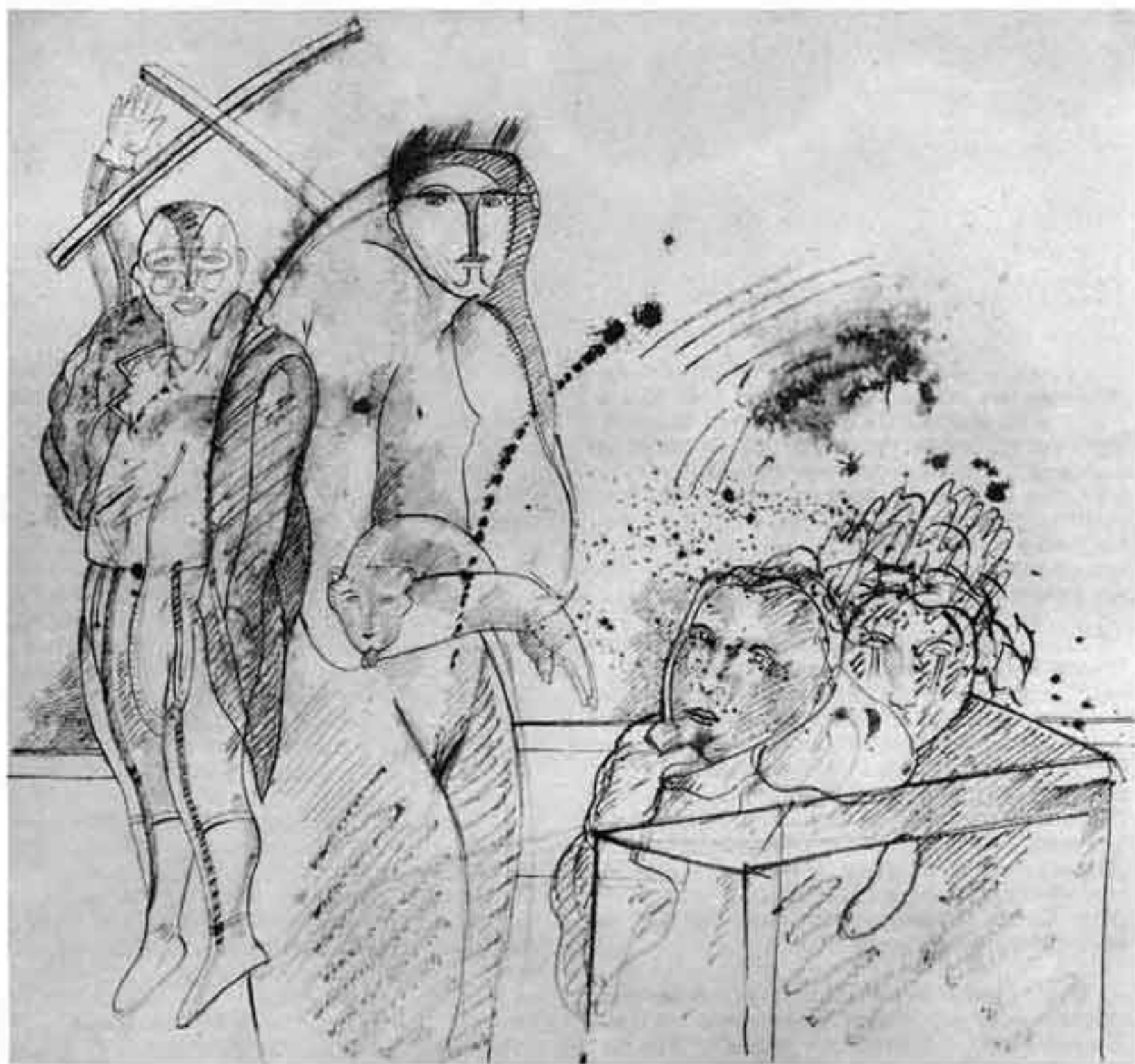
El anuncio escandaloso de una tienda ofrece la "Oferta de hoy": "Canciones a la Virgen de Guadalupe", interpretadas por Pedro Infante, Lola Beltrán y el Duetto Azteca, 123 pesos más IVA; "Homenaje a la Virgen y a Mi Madre", interpretado por Los Rínches, 140 pesos más IVA. Pero en la tomamesa no suena ninguno de los dos elepé: por las bocinas lo que sale es el relajo del cumbiero Lizandro Meza que canta una inusitada pieza titulada "Canción para una muerte anunciada" y que dice, más o menos: "Santiago te van a matar, te van a matar, el escritor García Márquez me lo contó, Santiago, te van a matar, te van a matar".

En los puestos de periódicos las primeras planas chorrean tinta que inunda de inmediato los ojos: "Se rajó Fidel", "Alarma por el chacal", "Ríos humanos hacia la Villa", . . . Mentira, estos no son ríos; estos son mares en tiempos de tormenta, diluvios terrenales de centenas de miles de gentes. Millones de fieles que, quizá, ni el Mesías logró igualar en número a la hora de la multiplicación y repartición de los pescados y los panes hace siglos, o ni el mismo Juan Pablo II en estos tiempos.

Por todas partes se ven camiones foráneos, con los motores aún calientes, recién llegados de Baja California o Tamaulipas, de Yucatán o Chiapas.

Por avenida Misterios deambulan más misteriosos que de costumbre. Los contingentes de maratonistas reverberan por todos lados. Unos cuantos visten elegantísimos trajes deportivos; la mayoría porta sencillas y congeladas playeras con inscripciones parecidas: "Maratón anual en Honor a Nuestra Patrona". Unos estarán llegando al mediodía de mañana; otros, dentro de dos o tres horas, dependiendo de la distancia, y sólo de eso porque, por ganas, es evidente, no paran ni pararán.

Mueven las piernas metidas en shorts de tela barata, dan brinquitos, se frotan los brazos, empuñan y desempuñan las manos, a más de uno se le ve la furtiva brasa de un cigarrillo entre los labios. Los senos de las muchachitas de playeras sencillas y tenis acabados de lavar o de comprar, sus senos que apenas comienzan a levantarse, se mueven imperceptiblemente con cada brinco. De sus ojos brillantes sale olor a caminos reales y pureza de brisa rural. Ríen, ríen mucho, ríen muchísimo, como si todas sus risas las hubiesen estado guardando durante los trescientos cuarenta y cuatro días pasados para soltarlas Esta Noche a punto de convertirse en Media Noche. Los cuerpos de estas muchachitas son estallidos de colores violetas, rojos, amarillos y verdes, estallidos de cuerpos que se mueven sin hacerle el menor caso a este frío de ochenta mil diablos.



Y por supuesto, cómo iban a faltar, cómo iban a estar esta noche en otro en otro sitio. . . Ahí van los grupitos de turistas sorteando el incontable número de ventas de imágenes y cadernitas, de veladoras y coca colas, de café y de comida. Ahí van y no les cabe la estupefacción y el embrujo en ninguna parte del cuerpo. Los flashazos de sus cámaras modernísimas aprisionan todo lo que se les pone enfrente, lo que sea. "Cómo no, *míster*, esto sí es para contarse, para presumir, único, *incrédibol, fantástic*, sí, *míster*, como para no olvidarlo jamás, oh sí, usted estuvo ahí entre innumerables Juanes Diegos que en otra parte no soporta pero que aquí, en este momento y en este lugar sagrado, lo alucinan y le hacen recordar leyendas y recordar epopeyas". Ahí van, diciéndose quién sabe qué cosas, pavoneándose, poniendo caras de coleccionistas de mariposas raras o de antropólogos despistados.

El Templo Nuevo parece un volcán de cemento clavado a la tierra por gigantescos haces de luz.

Esta noche todos los caminos desembocan aquí, apuntan en una sola dirección: el festejo, la ceremonia, el rito, la infinita conmemoración de que hace cuatro siglos y medio, allá arriba, en el Cerro del Tepeyac, apareció la Virgen.

El aire está sembrado de banderas y estandartes, de pancartas y arreglos florales, de mantas inmensas con dulces faltas de ortografía.

La Basílica está cercada por todos los flancos. Cercada por enloquecidos juegos mecánicos. Por tres "Casas del Terror" que no espantan ni a los niños más tímidos. Por una "Casa de Animales-Fenómenos" donde exhiben una gallina de tres patas, una cabra con tres cuernos y una vaca de cinco patas que rumia su encierro (olvidar las dos bolas de tristeza que tiene en vez de ojos resultaría imposible). Cercada por vendedores que, en aras de la salvación del género humano, están presentes, desvelándose y erigiéndose en los únicos conocedores de la cura del cáncer y cualquier dolencia. Vendedores de boletos de ida al maravilloso país donde decenas de mujeres viven sólo para amar, idolatrar y jamás despreciar a los compradores de tales boletos, talismanes o chucherías. Vendedores de artefactos que reducen el gasto de gasolina, importados de los Yunai.

Yunai. Vendedores de cualquier esperanza y de panes del tamaño de un balón que tienen inscrito en el centro, con letra temblorosa, blanca y burda: "Para mi único rey", o "Para mi amada", o "Para una pinche chusma", o "Para mi pinche vieja".

Del Mercado de Comidas, cada vez que entre un comensal, automáticamente brota la alharaca de las cocineras parapetadas detrás de ollas fantásticas atiborradas de arroz/huevos/pollo/mole. Es envidiable la elocuencia y la rapidez verbales de las cocineras; son, literalmente, bazukazos de palabras: "Pá-selejo ven-aquí está lamejor comida-de toduel rumbo-yapara que ven-tre recibirla bendición. . ."

Adentro de la Basílica, la intensidad de la luz deslumbra, obliga a restregarse los ojos. Los pasillos laterales son recorridos por monjas y sacerdotes de caminar sigiloso y mirada lejana. Familias enteras de gente humilde han tomado posesión del pedazo de cemento sobre el cual algunos ya roncan. Uno que otro locutor de radio, o reportero de la televisión pasa diciendo imbecilidades y mirando despectivamente a los humildes que ya duermen o a quienes continúan la vigilia.

Afuera de la Basílica, en la explanada, ya no cabe ni un alma. Si no se tiene la devoción suficiente, la marea de brazos y piernas termina por aventarlo a uno a la orilla.

Ya son las doce. Y a saber qué está pasando adentro. Te lo dije: mejor no nos hubiéramos salido. Era cosa de echarle ganas. Dicen que ahí está Angélica María. Dizque Cravioto. Dizque el grupo Tabasco. Desde muy lejos se pueden ver los reflectores potentísimos con los que la teve transmite "en vivo y en directo" las Mañanitas a la Virgen.

Del lado de los juegos mecánicos la feria sigue como si nada. Los dueños de la lotería y de la ruleta ganando, los apostadores perdiendo. Las casas de terror profiriendo aullidos absurdos y la vaca fenómeno de cinco patas espatándose las moscas. Los dados cargados rodando y los rifles disparando balines. "¿Las doce? Qué bien. ¿Sabes qué?: lo importante es llevar a la Virgencita aquí, aquí, en el mero corazón; y aquí, aquí, en la mollera. Además, te vuadecir que si Ella me viera aquí, vueltyvuelta en el rejilete, P's yo crioque le daría gusto".

A las tres y media de la madrugada el número de personas que sigue de pie ha disminuido considerablemente. Sobre los adoquines helados un ejército de humildes duerme, escoltados por centenares de bicicletas; ordenadas, mansas y necesarias bicicletas que semejan insectos de metal.

Como lupas de aumento, los reflectores de la televisión siguen clavados sobre los grupos que continúan danzando, haciendo ruido de cáscaras y chisporroteando reflejos de lentejuelas.

Veo el templo antiguo. Veo el nuevo. Veo a la gente. Veo el Cerro de Tepeyac cortando la negrura. Veo cuatro siglos y medio. Veo una mujer embarazada a la que transportan a un puesto de socorro. Veo a un par de ancianos que se me quedan viendo. Me recuesto en un mostrador que, en horas hábiles, dice el rótulo, proporciona datos para la adquisición de criptas.

El planeta Tierra estrena doce de diciembre. A las nueve de la mañana, cuando paso frente a la funeraria, de las sombras no queda el menor rastro. Y el sol pega de lleno sobre el anuncio de la película *Dumbo*.